

que tiene por hortelano piensa como ella, por lo que sólo dice: «Si tú le llevaste». ¡Oh Rey eterno! Entradme en la bodega de vuestros vinos como entrasteis á esta esclarecida sierva vuestra, y ordenad en mí la caridad; dadme tal amor, que me olvide del todo de mí para pensar sólo en Vos, que me humille á toda humana criatura, y que no halle dificultad alguna tratándose de serviros. ¿Imitamos nosotros la fervorosa caridad de la Magdalena? ¿Nos disponemos, avivando la fe, para recibir los favores del cielo?

Punto 3.º *Manifestación de Jesús á la Magdalena.*—Viendo Jesús el fervor, lágrimas y ofrecimientos de la Magdalena, descubriósele, llamándola por su propio nombre con el tono que solía, diciendo: «María»; y al punto ella le reconoció, y respondió: «Maestro mío». En lo cual has de considerar primeramente la omnipotencia de Cristo, llena de dulzura y suavidad, pues con una sola palabra trocó de repente el corazón de esta devota sierva suya, y desterrando de ella la tristeza, la colmó de incomparable alegría; entonces ilustró su entendimiento con nueva luz, disipando todas las tinieblas de infidelidad que le obscurecían, y encendió su voluntad con nuevo fuego de amor para que amase como Dios vivo al que amaba como hombre muerto. ¡Oh poder infinito de Jesús! ¿Quién desconfiará viendo las maravillosas obras que hacéis? Pondera luego cómo la Magdalena, en oyendo á Jesús que la llamaba por su propio nombre, arrebatada de amor, le contestó con el nombre que solía, diciendo: «Maestro mío». Cuando hablaba con los ángeles le llamaba Señor, en señal de reverencia; ahora que habla con Él mismo, llámale con nombre de reverencia y amor juntamente, Maestro mío, porque acababa de sentir en su alma los efectos de su divino magisterio. Finalmente: has de ponderar cómo, deseando la Magdalena besar á Jesús los pies, no se lo permitió, parte para que conociese la reverencia con que en lo sucesivo le había de tratar por ser ya glorificado, parte para manifestarle la imperfección de la fe que tenía; porque, así como no se le manifestó de golpe, sino poco á poco, así tampoco quiso hacerle todos los favores de una vez, sino paulatinamente. De todo lo cual has de sacar afectos grandes de confianza en el Señor, de profunda reverencia y de vivos deseos de aumentar la fe, con la cual te dispongas para recibir las gracias del cielo. ¿Qué sientes acerca de estas virtudes? ¿Tienes firme confianza en el poder de Jesús? ¿Le tratas con humilde reverencia? ¡Oh Maestro soberano! Vos, que tan en breve enseñasteis tantas grandezas á esta fervorosa discípula vuestra, ilustrad mi entendimiento, para que os conozca, y, conociéndoos, os ame como ella os amó.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán vehementes, cuán solícitos, cuán perseverantes y fervorosos fueron los deseos que tuvo la Magdalena de ver el cuerpo de Cristo, que creía que había sido

robado del sepulcro! Nada puede calmarla ni enjugar sus lágrimas. Ni la vista de los ángeles, ni la partida de las otras mujeres para la ciudad. Allí queda ella sola, en pie, ansiosa por descubrir en alguna parte el tesoro que le habían quitado, según le hacía sospechar su poca fe. Sin embargo, unos deseos tan vivos, unas lágrimas tan ardientes, no podían menos de conmover el corazón del divino Maestro. Se le aparece, pero por la espalda y en traje desconocido, fingiendo una voz que no era la suya; todo esto era con objeto de ir disponiendo y preparando á la Magdalena para el favor que iba á dispensarle. La cual, al verle, teniéndole por el hortelano, ruégale que le muestre dónde está el cuerpo de su Maestro, que ella lo traerá á su lugar. ¡Cuánto puede el amor! En verdad es fuerte como la muerte; nada teme, en nada repara, con tal que redunde en obsequio de la persona amada. Jesús está ya satisfecho de las pruebas por las que ha pasado la Magdalena, y resuelve hacerle el más singular favor, antes que á ninguno de sus discípulos: llámala por su propio nombre y con su acostumbrada voz; y María, como si resucitase de muerte á vida, responde: «Maestro mío», arrojándose al instante á sus pies, donde solía permanecer para escuchar su doctrina. Todo esto, ¿qué dice á nuestro corazón? ¿Qué fe es la nuestra? ¿Con qué deseos buscamos á Jesús? ¿Con qué fervor suspiramos por Él? ¡Ah! Si Jesús no se nos manifiesta en la oración y en otros ejercicios santos, á nuestra tibieza hemos de atribuirlo. Miremos, pues, qué resoluciones nos interesa hacer para desterrarla de nuestro corazón, y, conociendo nuestra inconstancia, oremos con espíritu, fervor y vivos deseos de alcanzar lo que necesitamos para nosotros y para nuestros prójimos.

138.— APARICIÓN DE JESÚS Á SAN PEDRO.

PRELUDIO 1.º Oídas las mujeres, aunque los discípulos no las creyeron, Pedro y Juan fueron al sepulcro, y cerciorados del suceso, regresaron á la ciudad, y meditando Pedro sobre lo que había visto, aparecióle Jesús.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús, que se aparece á san Pedro.

PRELUDIO 3.º Píde la gracia de la fe y la diligencia en instruirte en ella.

Punto 1.º *Incredulidad de los discípulos.*—Considera primeramente la incredulidad de los Apóstoles y discípulos del Señor. Porque, llegando las mujeres al lugar donde estaban, tristes y llorosos, y dándoles cuenta de lo que habían visto, no las creyeron; antes tomaron sus palabras como desvaríos y sueños mujeriles; y aunque la Magdalena les dijo que le había visto, tampoco la creyeron¹. Pondera sobre esto cuán dificultoso es el acto de fe que nos levanta á creer alguna cosa contraria á lo que he-

¹ Luc., xxiv, 11; Marc., xvi, 11.

mos visto con los sentidos, y cuán mal correspondemos á lo mucho que Dios hace por nosotros, pagándole con incredulidad, y con tenerlo por desvarío, siendo más desvarío no creerlo, cuando Dios lo ha revelado. Porque, habiendo anunciado el mismo Cristo su muerte y su resurrección al tercer día, y diciendo ahora estas mujeres que se había cumplido la segunda parte de la profecía, con todo, no lo creyeron, teniendo por desvarío creer que un hombre muerto en la cruz, desangrado y llagado por todas partes, hubiese resucitado, echando al olvido la revelación de su divino Maestro, la resurrección de Lázaro, y otros milagros que ellos mismos habían presenciado. Considerando esta conducta poco recta de los discípulos del Señor, has de procurar huir de dos extremos, ambos peligrosos. Uno es de aquellos que de ligero creen á cualesquier revelaciones y visiones de mujeres, con peligro de creer muchas cosas que son desvaríos y sueños; y otro de los muy duros en creer, y que todo lo tienen por desvarío; lo cual es grande yerro; pues aunque sean mujeres y gente idiota, por su devoción y fervor suelen ser dignas de tener tales gracias. Y no es menor desorden llamar desvarío de la imaginación á la revelación de Dios, que llamar revelación de Dios á lo que es desvarío de la imaginación. ¡Oh Maestro soberano! Con mucho gusto cautivo mi entendimiento en obsequio de la fe, negando todo lo que me dicen mis sentidos, si es necesario para creer lo que Vos reveláis; porque sé que si ellos me pueden engañar, Vos ni podéis ni queréis hacerlo. Guiadme por el justo medio para juzgar de lo que no comprendo, para que ni la credulidad me precipite en el error, ni la dureza en creer os ofenda. ¿Cómo juzgamos nosotros de las cosas sobrenaturales? ¿Somos demasiado crédulos, ó sentimos dureza de juicio?

Punto 2.º *Visita de san Pedro y san Juan al sepulcro de Cristo.*—Considera cómo aunque los discípulos en general no dieron crédito á las palabras de las mujeres, con todo, Pedro y Juan se resolvieron á ir al monumento¹, para enterarse de la verdad de lo que aquéllas contaban. Juan llegó antes al lugar del sepulcro; pero Pedro entró primero en él, y ambos vieron á un lado la sábana en que se envolvió el cuerpo, y al otro lado el sudario con que se cubrió la cabeza; lo cual era una prueba de que no había sido hurtado el cuerpo, y entonces creyeron lo que las mujeres habían dicho. En este hecho has de ponderar cómo estos dos fervorosos discípulos no dieron en el extremo de los otros, teniendo por desvarío la revelación que contaban las mujeres, sino quisieron probar el fundamento y señales de ella; porque propio es de los más fervientes y discretos hacer diligencias para enterarse bien de las cosas de Dios, aunque para ello se hayan de vencer grandes dificultades. Pero, á estos discípulos no

¹ Joan., xx. 3.

se aparecieron ángeles como á las mujeres, ya porque bastaba el dicho de éstas, que ya creían, ya también porque la resurrección estaba suficientemente demostrada con la presencia de la mortaja y sudario recogidos en el sepulcro, ya, finalmente, para que se entienda que las visiones y apariciones de los ángeles no prueban mayor santidad en el que las recibe, y muchas veces tales favores se hacen á los menos santos. Pondera también cómo en estos dos discípulos se representan las dos virtudes con que hemos de buscar á Jesús, á saber, la fe y la caridad. La fe descubre las verdades y entra primero como Pedro en el sepulcro, y luego entra el amor como Juan, y con su entrada se confirma y fortalece la misma fe. También se representan las vidas contemplativa y activa, de las cuales ésta entra primero disponiendo, y aquélla después poseyendo y gozando. ¡Oh amantísimo Jesús! Esclareced mi fe y encended mi caridad, para que, pospuesto todo temor humano, os busque y entre donde quiera que pueda hallaros; perfeccionadme con los ejercicios de la vida activa en todo género de virtud para que suba á los ejercicios de la vida contemplativa, y por medio de ellos entre en lo escondido de vuestro rostro, para gozar de la belleza y hermosura que tenéis en la gloria. ¿Imitamos nosotros la diligencia de estos discípulos? ¿Practicamos las virtudes que en ellos se representan?

Punto 3.º *Aparición de Jesús á san Pedro.*—Volviendo Pedro á su posada, se retiró aparte á considerar y rumiar lo que había visto; y estando así, se le apareció repentinamente el Señor. Considera sobre esto cómo Pedro se hizo digno de esta aparición por la diligencia de ir al sepulcro y la meditación de lo que había visto. Y aunque san Juan había ido también al monumento, no se lee que se le apareciese Jesús; para que se vea que suele el Señor hacer mayores regalos á los pecadores convertidos para confirmarlos en su conversión, que á los justos que no pecaron, como se ve en la parábola del hijo pródigo; y así, no sin causa el primer varón y la primera mujer á quienes se lee que se apareció Cristo resucitado, habían sido pecadores; por lo cual has de alentarte á confiar en Dios, sabiendo que si te arrepientes de veras, tus pecados, aunque sean muchos, no serán parte para que Él deje de favorecerte. Pondera luego la vergüenza que sentiría san Pedro viendo delante de sí á Jesús, y acordándose que le había negado. Sin duda se arrojaría á sus pies, llorando amargamente su pecado, pidiendo perdón de él. Y Jesús con amor le consolaría y aseguraría una vez más del perdón que ya le había concedido. ¡Qué palabras tan tiernas le diría! ¡Qué avisos tan saludables le daría! Y, ¡qué gozoso y consolado quedaría el Apóstol con la vista y palabras de su Maestro! ¡Cuán confirmado en la fe y encendido en su amor! Mira, finalmente, cómo Pedro, en cumplimiento de la palabra que le había dicho el Señor, corrió al momento á los demás discípulos, á fin de con-

firmarlos en la fe; y fué tan poderoso su testimonio, que muchos creyeron en él de los mismos que no habían querido dar crédito á las mujeres; y así decían, sin vacilar ni dudar: «Resucitado ha el Señor verdaderamente y aparecido á Simón»; como quien dice: Basta que Simón nos asegure que le ha visto, para que creamos que la resurrección del Señor no es fingida ó aparente, sino real y verdadera; porque su autoridad es de gran peso. Aprende tú de san Pedro á disponerte para merecer los favores divinos, á recibirlos con humildad y aprovecharte de ellos para bien de tus prójimos; y de los discípulos á creer lo que te enseña la Iglesia y su Cabeza visible. ¿Has olvidado estas enseñanzas? ¡Oh glorioso Apóstol! Con mucha razón os llamáis Simón, que quiere decir obediente, pues tan bien obedecéis á la voz de vuestro Maestro en cumplir lo que os manda, haciendo el oficio de piedra, como Pedro, y de cabeza como Cefas, en confirmar y fortalecer la fe de vuestros condiscípulos, cuya cabeza habéis de ser. Confirmad mi flaca fe, y perfeccionad mi corta obediencia, para que os imite en estas virtudes y merezca el premio que Vos merecisteis.

Epílogo y coloquios. ¡Oh cuán grande es la dureza del corazón del hombre y la dificultad en creer aquello que se opone á lo que le dicen los sentidos! Los discípulos del Señor habían sabido su muerte y sepultura; y aunque las mujeres les aseguran que han visto ángeles que les han dicho que había resucitado, y esta palabra está muy conforme con las repetidas promesas del Señor, ellos persisten en su incredulidad, tildando de visionarias á las mujeres que les hablan. Peligroso es dar crédito á cualquier espíritu, sin examen; pero, no lo es menos rechazar por sistema todo lo extraordinario, porque esto arguye poca fe. Pedro y Juan fueron en este caso los prudentes; ellos, sin reparar en dificultades, fueron al sepulcro, y por sus propios ojos vieron ser verdad lo que las mujeres aseguraban. La fe y el amor son las dos excelentes virtudes que nos guían por el camino de la vida, y nos preservan de los escollos que nos circundan por todas partes. ¡Oh, si las practicásemos con perfección! Pedro, admirado de lo que ha visto, se retira á meditar y á orar, apartado de sus compañeros; y en este momento se le presenta su amantísimo Maestro resucitado. ¡Qué sentiría en aquella primera vista el santo Apóstol! ¡Qué confusión, recordando sus negaciones! ¡Qué humillación, viendo la benignidad y ternura de Cristo! ¡Cómo se confirmaría en el propósito de morir mil muertes, antes que volver á ofenderle! ¿En qué podemos y debemos imitar á san Pedro y á los otros Apóstoles? ¿Cómo nos hemos portado hasta hoy? ¿Qué hemos de corregir y enmendar en nuestra conducta? ¡Ay de nosotros si, contemplando tales prodigios y favores como estos, no avivamos nuestra fe y no encendemos más nuestro amor! Reflexionémoslo con cuidado, y haciendo con

firmeza los propósitos que nos convengan, pidamos fortaleza para ponerlos en ejecución, y roguemos por todo el mundo, especialmente para que todos los católicos estén cada día más unidos á la Santa Sede.

139. — APARICIÓN Á LOS DISCÍPULOS DE EMAÚS.

PRELUDIO 1.º Aparecióse Jesús en traje desconocido á dos de sus discípulos que iban á Emaús, y quedándose con ellos, se les descubrió al tiempo de partir el pan.

PRELUDIO 2.º Representate á estos dos discípulos y á Jesús hablando con ellos familiarmente.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber escuchar á Jesús que te habla, seguir sus inspiraciones, y recibir con agradecimiento sus correcciones.

Punto 1.º Aparición de Jesús á estos discípulos, y su reprehensión.— Considera cómo dos discípulos, instigados por el miedo de los judíos, salieron de Jerusalén el mismo día de la resurrección, dirigiéndose á Emaús, lugar próximo, que era la patria de uno de ellos, en donde esperaban tener seguridad. Muchas veces la pasión del miedo es causa de que el hombre se aparte de la compañía de los buenos para hallar algún alivio en las cosas del mundo. Jesucristo, como buen Pastor, deseoso de recoger estas dos ovejas que se apartaban de su rebaño, se les apareció y juntó con ellos en el camino, aunque disfrazado y encubierto; y, principiando á trabar plática con ellos, y viendo cuán corta y apagada era su fe, reprendiólos con viveza, diciéndoles: «¡Oh necios y tardos de corazón para creer las cosas que han dicho los profetas!» Y luego, comenzando desde Moisés y de los profetas, les iba declarando todo lo que estaba de El escrito. Pondera la aspereza de esta reprehensión de Cristo, la cual no procedía de indignación, sino de compasión y deseo de avivar su fe y sacarlos de la ignorancia en que estaban. Llámales necios é ignorantes, porque, con haberle oído hablar tantas veces de este misterio, no acababan de entenderle. Llámales tardos de corazón, porque, teniendo bastantes indicios y motivos para creer, todavía estaban dudosos. ¡Cuántas veces podría el Señor dirigirte á ti estas duras reprehensiones! Mira luego el efecto que produjo en estos discípulos la corrección de Cristo: no sólo no se resintieron por estas palabras, en la apariencia tan ásperas, sino que escucharon atentamente la explicación que les hacía de las Escrituras, penetrándose de tal manera de sus palabras, que su corazón se iba encendiendo y abrasando en el amor del que les hablaba, como ellos mismos lo confesaron, y de las verdades que les enseñaba. Considerando todo este admirable suceso, ¿no procurarás tú resistir á la pasión del miedo, que tan grandes daños causa? ¿No harás que tus pláticas y conversaciones sean de cosas buenas, de modo que Jesús guste de acom-

pañarte? Y ¿cómo recibes las correcciones? ¡Oh Maestro divino! Habladme frecuentemente en el camino de esta vida, para que mi corazón arda en amor vuestro, y mi alma se derrita oyendo vuestra voz; reprendedme, si me conviene, con dureza, y ayudadme á sufrir con amor y agradecimiento todas las correcciones.

Punto 2.º *Violencia santa que hacen los discípulos á Jesús para que se quede con ellos.*—Llegando al lugar adonde iban, Jesús hizo ademán de querer pasar más adelante; pero ellos le detuvieron y forzaron, diciéndole: «Quédate con nosotros, Señor, porque se va haciendo tarde, y el día se acaba». Acerca de lo cual debes ponderar primeramente cómo Cristo hizo ademán de querer pasar adelante y dejarles, no porque en realidad quisiese separarse de ellos, sino para provocarles á que le convidasen y detuviesen, brotando afuera el fuego que ardía dentro de ellos, y para que con aquella obra de caridad de hospedar al peregrino, se hicieran dignos del favor que les quería hacer; y, además, para significar que, en su opinión, estaba lejos de ellos, por causa de su poca fe. Pondera luego cómo los discípulos, no sólo detenían á Cristo, sino que le forzaban, como dice el Evangelista; porque gusta mucho el Señor de ser forzado de nosotros con oraciones, gemidos, lágrimas, penitencias y ruegos importunos, alegándole títulos y razones que le hagan fuerza para que nos conceda lo que le pedimos; al modo que Jacob, luchando con el ángel, le dijo: «No te dejaré, si no me das tu bendición». ¡Dichoso aquel que con esta constancia y voluntad insiste en sus oraciones! Él obtendrá lo que desear. Reflexiona, por fin, las razones que alegaron los dos discípulos para mover á Cristo á que se quedase con ellos, y la oración que le dirigieron, diciéndole: «Quédate, Señor, con nosotros, porque anochece y se acaba el día». Llamen Señor al que habían llamado peregrino, por la estimación que de Él habían concebido, y alegan por título para detenerle que era ya tarde y anochece. ¡Oh buen Jesús! Quedaos conmigo, porque en mi alma se va obscureciendo la luz de la fe, y el fervor de la caridad se va enfriando y declinando, y si os vais, quedaré convertido en noche oscura y fría. Confieso que no merezco vuestra compañía, á causa de mi poca fe; pero, ¿qué será de mí si os vais? ¡Oh alma mía! Conociendo la necesidad que tienes de que Jesús esté contigo, ¿por qué no le obligas á ello con penitencias, lágrimas y ruegos importunos?

Punto 3.º *Manifiéstase Jesús á los discípulos al partir el pan.*—Sentándose Jesucristo á la mesa con los dos discípulos que le habían invitado, tomó en sus manos un pan, bendijolo, partiólo y dábaselo; y entonces abriéronse sus ojos y conociéron-

¹ Gen., xxxii, 26.

le, y al punto desapareció. Considera aquí cómo el Señor se manifestó á sus discípulos al partir el pan, por varias causas, todas muy provechosas. La primera, para que se entendiese lo mucho que estima la hospitalidad y caridad y demás obras de misericordia, las cuales nos disponen para recibir los favores divinos. La segunda, para que se viese cuánto más eficaces son las obras que las palabras, para darse á conocer; porque, aunque Él era poderoso en uno y otro, mostróles en el camino la dulzura y sabiduría de sus palabras pero, con la vista de las virtudes que ejercitó en la mesa, le conocieron perfectamente. La tercera, para significar la eficacia del Santísimo Sacramento, figurado por el pan que Jesús les distribuyó; y aun dicen algunos que era el mismo Sacramento, el cual tiene virtud para alumbrar el alma y esclarecer los ojos interiores, mucho mejor que la miel que esclareció los ojos de Jonatás¹. De estas tres causas has de sacar vivos deseos de ejercitarte en obras de caridad y misericordia, dar buen ejemplo á otros, y frecuentar la sagrada comunión, para lograr conocer á Cristo y servirle como merece. Pondera cómo, en descubriéndose Cristo, al punto desapareció, para dar á entender á aquellos discípulos que los gustos espirituales que concede á sus fieles en este mundo son momentáneos, y se ordenan á ayudarnos en las obras de caridad; y así, estos dos discípulos, en recibiendo este favor, luego se levantaron de la mesa, y volvieron sin miedo á Jerusalén á contar lo que habían visto. ¡Oh mudanza de la diestra del muy Alto! ¡Oh poder infinito de nuestro dulce Jesús! ¡Con cuánta facilidad trocó con una visita instantánea los corazones de estos discípulos! Visitadme, Señor, á menudo, aunque luego me probéis²; porque un momento que dure vuestra visita, basta para llenar mi alma de celestial alegría, dilatando mi corazón para que corra por el camino de vuestros mandamientos. ¿Cómo nos disponemos para recibir la visita de Jesús?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán peligrosa es la pasión del miedo, sobre todo cuando se funda en cortedad de fe en el Señor! Esta pasión indujo á estos dos discípulos á salir de Jerusalén y abandonar á sus hermanos; y si Jesús, como buen pastor, no les hubiera salido al encuentro para volverlos á su rebaño, tal vez acabarían de perder la escasa fe que les quedaba. Mas, ¡con qué sabiduría se introduce Jesús en su conversación, de la cual gustaba, porque hablaban de cosas espirituales! ¡Con qué severidad reprende su debilidad en la fe, á pesar de tantos oráculos, profecías y portentos que ellos mismos habían presenciado! Llega á llamarles necios y tardos de corazón, aunque no por indignación, sino por la compasión que tenía de su estado y el deseo de que saliesen de él. Y estos discípulos, ¿cómo reciben la repre-

¹ 1 Reg., xiv, 27. — ² Job., vii, 18.

sión del Señor? Con la más admirable mansedumbre, humildad y agradecimiento; en vez de quejarse, escuchan silenciosos la explicación que les hace Jesús acerca de las Escrituras; sus corazones se van encendiendo en amor al Señor; y cuando llegan á la posada, viendo que aparentaba querer pasar adelante, le ruegan, suplican é importunan á que se quede, y lo alcanzan. Afortunados discípulos, que, pensando hospedar á un peregrino, reciben en su compañía á su mismo Maestro, el cual se les descubre al partir el pan, desapareciendo al mismo instante de su vista. ¡Oh, si nosotros supiéramos imitar las virtudes que estos discípulos nos enseñan, y huir los defectos que el Señor les reprenden! ¿Nos dejamos arrastrar del miedo ó de otra pasión desordenada? ¿Gustamos de andar en la presencia de Dios, hablando con Él, escuchando su voz y siguiendo sus inspiraciones? ¿Cómo recibimos las correcciones? ¿Puede Jesús aprobar nuestro proceder? Meditémoslo muy atentamente, y resolvamos con eficacia corregir aquellos defectos y practicar aquellas virtudes que nos sean necesarias; pidamos para esto los divinos auxilios, y no olvidemos las demás necesidades que se nos han encomendado.

140.—APARICIÓN DE JESÚS Á LOS APÓSTOLES.

PRELUDIO 1.º El día de la resurrección al anochecer, estando reunidos los Apóstoles en el cenáculo, á puerta cerrada, entró Jesús, les dió la paz, y pidióles de comer, para que se certificasen de la verdad de su resurrección.

PRELUDIO 2.º Representate estar con los Apóstoles, viendo á Jesús que entra, y todo lo demás que pasa.

PRELUDIO 3.º Píde á Jesús que te dé su paz, como la dió á sus discípulos.

Punto 1.º *Aparición de Jesús en medio de sus discípulos sin abrir las puertas de donde estaban.*—En el mismo día de la resurrección, al anochecer, recogíendose los discípulos en su casa y cerrando las puertas por miedo de los judíos, y estando ellos juntos, vino Jesús, y se puso en medio de ellos¹. Acerca de esto has de considerar los motivos que tuvo Jesús para diferir la aparición á sus discípulos hasta el anochecer de aquel día, los cuales fueron varios; á saber: porque entre ellos había algunos muy duros de creer, y era menester disponerlos poco á poco para que les entrase en provecho la visita. Además, quería probar la paciencia de los más fervorosos y queridos; y con esta dilación aumentar los deseos que tenían de verle, y disponerles mejor para el favor que iba á hacerles. Por fin: deseaba enseñarte que debes esperar con paciencia su visita; y nunca desconfiar de su socorro, porque suele Él acudir al consuelo de los suyos cuando ya están desconfiados y desahuciados de reci-

¹ Joan., xx, 19.

birle. Pondera luego cómo Jesús entró en el aposento donde se hallaban sus discípulos sin abrir las puertas, que estaban cerradas; queriendo que entendiesen que su cuerpo estaba glorificado y que gozaba de la dote de sutilidad, en cuya virtud podía penetrar por donde quisiera sin estorbo alguno, y asimismo, que por su omnipotencia puede entrar en el alma á consolarla cuándo y cómo quiera; y que gusta mucho de que sus siervos cierren las puertas de sus sentidos, y entonces entra Él, como autor de la vida, para llenarlos de alegría. Púsose Jesús en medio de sus discípulos como si les quisiera confirmar con la obra las promesas que les había hecho, diciendo: «Dondequiera que estuviesen dos ó tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos». ¡Oh Rey mío! Mi alma es casa fabricada por vuestra omnipotencia para morada vuestra; entrad en ella como Señor, y disponed lo que quisiereis, porque deseo no resistir á cuanto ordenareis. Y tú, alma mía, no desconfies de recibir la visita de tu dueño y Señor; espéralo con toda confianza, que vendrá y no tardará; pero ¿procuras cerrar las puertas de tus sentidos? ¿Tratas de unir entre sí tus potencias para la oración?

Punto 2.º *Jesús tranquiliza á sus discípulos, dándoles la paz y mostrándoles sus llagas.*—Considera cómo Jesús, viendo turbados y medrosos á sus amados discípulos, tranquilizólos por medio de palabras y de obras. Las palabras que dijo fueron tres muy señaladas, las cuales son signos de buen espíritu, y muy eficaces para quitar toda turbación. Primero les dijo: «Paz sea con vosotros»; como quien dice: Acordaos que os dije: Mi paz os dejo, mi paz os doy; esta paz he ganado con mi Pasión y muerte; y así ahora os la comunico y saludo con ella. Luego añadió: «Yo soy»; que fué decir: Yo soy el mismo que solía en la naturaleza, en la persona y en la condición: Yo soy vuestro Maestro, Salvador, Protector, Amigo, Hermano y vuestro Dios. Y dijo esta palabra de un modo tan suave, que con ella les sosegó y se les dió á conocer. Y así continuó diciendo: «No queráis temer», como quien dice: Ya que el temor os acomete, no queráis admitirle ni darle entrada; no temáis la furia de los judíos, ni la ira de los gentiles, ni la rabia de los reyes y príncipes que se levantaron contra Mí; porque estando Yo en medio de vosotros, estáis seguros. ¡Oh si Jesús hablase á nuestro corazón estas dulces y eficaces palabras! ¡Cómo se disiparían sus dudas! ¡Cómo se calmarían las mayores tempestades! Pondera cómo, no contento el Señor con certificarles de su resurrección con palabras, quiso valerse de las obras; y así, dióles licencia para que se acercasen á Él, y le tocasen y palpasen su sagrado cuerpo, especialmente sus manos, pies y costado, donde tenía las señales de las llagas de clavos y lanza, para sanar con ellas las llagas

¹ Matth., xviii, 20. — ² Joan., xiv, 27.